

# Editorial

**M**ientras creían avanzar por la senda de una sociedad «posindustrial», basada en el conocimiento y el consumo, cuyo paradero era la felicidad y la prosperidad, el esperpento de la crisis civilizatoria trastocó esa ruta de *progreso* y trajo consigo diversas amenazas para la supervivencia de la humanidad y otras formas de vida en el planeta. Un amasijo compuesto por el cambio climático y la crisis alimentaria, la depresión económica y el desempleo estructural, la especulación financiera y el agotamiento energético situaron el derrotero societal, más que en una encrucijada, en un laberinto.

La crisis ecológica global, apuntalada por el cambio climático, devela el irracional dominio capitalista sobre la naturaleza. Los estertores ambientales aparecen como erosiones, sequías, heladas, inundaciones, deslaves de tierras, huracanes y otros cataclismos. Ante el fracaso de las cumbres de Copenhague, Cancún, Durban y Doha, se impone una visión tecnológica determinista, tranquilizadora de las buenas conciencias, que aconseja no preocuparse, pues equipos de científicos y tecnólogos, tarde o temprano, darán respuestas efectivas ante el desastre ecológico. La hambruna será saciada por una copiosa producción de alimentos transgénicos, el agotamiento del petróleo será suplido por energías alternativas, los efectos del gas invernadero serán mitigados, los recursos naturales extinguidos serán suplidos por nuevos materiales, el mar será fertilizado... En los laboratorios de nanotecnología, biotecnología e ingeniería genética se cocina una nueva era. El mensaje biopolítico

es reconfortante, deposita un voto de confianza en el libre mercado, la competitividad y la tecnocracia; en tanto, concede permiso a las corporaciones para destruir la naturaleza y desplazar a comunidades agrarias —estigmatizadas como anacrónicas e improductivas— para abrir nuevas fuentes de riqueza potencialmente esparcidas en bienes comunales y nacionales.

La noción de crisis alimentaria, a su vez, es reducida a la órbita financiera, como si fuese una deriva especulativa. Efectivamente, la plaga de inversiones en bolsas de valores, mercados de futuros, fondos de inversión y bursatilización agropecuaria contribuyen a elevar el precio de los alimentos. Además, las graneleras transnacionales, como Cargill y ADM, controlan los grandes flujos de compra, procesamiento y distribución de alimentos con estrategias especulativas y monopólicas que aniquilan la producción campesina y encarecen los alimentos al consumidor final. La gran agricultura industrial también abona al ecocidio: derrocha y contaminación el agua potable, deforesta y arroja gases de efecto invernadero.

El mercado energético mundial, controlado por transnacionales como Exxon, BP, Chevron, Shell y Total, también está envuelto en una crisis que carcome la producción de alimentos. Los combustibles fósiles son la principal fuente energética y el encarecimiento del petróleo afecta los costos de producción, amén de que la mayoría de fertilizantes proviene de hidrocarburos. El aumento de los costos de transporte se reciente dada la prevalencia de la distribución mundial de alimentos.

Una de las respuestas a la crisis energética ha sido canalizar parte de la producción agrícola a la generación de agrocombustibles —etanol y biodiesel— en desmedro de cultivos alimentarios.

A trasmano de la financiarización, la debacle energética y las prácticas monopólicas, acontece un proceso de mayor calado, el desmantelamiento de la soberanía alimentaria en los países subdesarrollados o periféricos donde habita la mayoría de la población del planeta. Al perder la capacidad de producir sus alimentos básicos, estos países cancelan cualquier pretensión de desarrollo nacional y se hunden en la dependencia alimentaria. México, por ejemplo, cuna del maíz, ahora está importando grandes cantidades de maíz, arroz, trigo y soya, además de carne de res y pollo. La dependencia alimentaria es gestionada por agroindustrias transnacionales

que imponen monocultivos de exportación, cultivos transgénicos y patrones de consumo. En el ámbito popular, los efectos son catastróficos: desahucian comunidades agrícolas, detonan la migración forzada e imponen dietas nocivas para la salud pública.

Si por un cierto desarrollo humano entendemos el despliegue de las capacidades críticas, creativas y propositivas de la población, advertimos de antemano su inviabilidad si antes no se satisfacen las necesidades básicas —o radicales— de la población. Para ello es indispensable acometer la dependencia alimentaria, eludir el canto de sirenas de la economía verde y articular proyectos de soberanía alimentaria cimentados en fuerzas productivas técnicas gestionadas con responsabilidad social y en poderes populares y fuerzas subjetivas amparadas en principios como solidaridad, cooperación y vivir bien.

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

